



LECTIO DIVINA Y VIDA MONÁSTICA HOY

*Enzo Bianchi**

Para entrar en materia

Articular de modo adecuado las relaciones e interferencias de los tres términos del título del presente artículo ("*lectio divina*", "vida monástica", "hoy", este último refiriéndose tanto a la situación de fe y de la Iglesia como a la de la sociedad y la cultura), exigían un mayor espacio del que disponemos. Trataré de presentar no tanto una descripción de la situación cuanto formular una proposición, dejando entrever el sentido y modalidades de la posición de la *lectio divina* en la vida monástica actual.

Remontándose en su dinámica fundamental a orígenes muy remotos, cargada de un pasado ilustre y glorioso, progresivamente se fue olvidando a partir de los siglos XIII y XIV, dando paso a una *lectio scholastica* doctrinal más que misteriosa y sapiencial, y luego ocultada por la *devotio moderna*, la meditación introspectiva y psicológica de tipo ignaciano, la *lectio divina* conoce hoy una verdadera resurrección, haciéndola incluso los laicos, en las parroquias, en la realidad de la iglesia local. En la singladura de los movimientos bíblico, ecuménico, litúrgico y del redescubrimiento de los Padres de la Iglesia, el Concilio Vaticano II ha dado el impulso esencial al renacer de esta práctica de aproximación orante a la Escritura recomendándola a todos los fieles, "sobre todo a los religiosos" (DV 25, PC 6). Poniendo fin al secular *exilio de la Escritura* de la vida eclesial¹, el Concilio la ha vuelto a poner en el centro de la vida de una Iglesia que ya ha dejado el régimen de cristiandad, para nutrir y vigorizar la vida espiritual de *los cristianos que ahora están en situación de exilio*, de minoría en un mundo descristianizado. Como los hijos de Israel viviendo en la diáspora hallaron en la Torah escrita una "patria portátil", así los cristianos pueden encontrar hoy en la Escritura un signo henchido de sentido, luz que ilumine el sendero, raíz que confiere estabilidad.

La vida monástica, resentida por los zarandeos de la crisis general de fe, de falta de elocuencia y capacidad de comunicar del cristianismo y de la Iglesia, y que se pregunta por su hoy y su mañana, ha encontrado en este lugar central, renovado y profundizado de la Palabra de Dios merced a la *lectio divina*, la *oportunidad de repensarse hoy evangélicamente*. Ahí hay podido encontrar un firme punto de partida y redescubrir y crear *ex novo* formas y estructuras comunitarias, inventar palabras y gestos, organizar tiempos y espacios que visibilicen el radicalismo cristiano a los hombres y mujeres de hoy. Y es que la *lectio divina*, aunque destinada a todo cristiano, es constitutiva de la *forma de vida* monástica y no es casualidad que se la considere connatural a la misma: es parte de la radicalidad evangélica que el monje desea vivir por el celibato y vida comunitaria.)Cómo vivir *el celibato* sin creer en el "poder de Dios" y sin "conocer las Escrituras" (cf Mc 12,24; Mt 22,29)?)Cómo vivir la *vida comunitaria* sin la escucha obediente individual de la Palabra que edifica el cuerpo comunitario y estructura la comunión?² La mediación de la palabra del *abad* y la de la *Regla*,)acaso no pretenden llevar a obediencia más auténtica, a la misma Palabra de Dios ayudando a personalizar sus exigencias?³ La misma *vida personal* -humana y espiritual- del monje está ordenada por el frecuentar cotidiano de la Escritura merced a la *lectio divina*. El Abad

Hiperequio decía: "Ascesis del monje: meditar las Escrituras y ejecutar los mandatos de Dios. *El monje que no se dedica a ello no tiene forma*"⁴.)Cómo vivir la *dimensión escatológica* propia del monacato sin alimentarse del deseo de la patria celestial por la asiduidad a la Palabra de Dios? Comentando el salmo 64,2 Agustín exhorta: "Anhelamos la ciudad a la pertenecemos...)Cómo podrá renacer en nosotros el ansia de nuestra ciudad, de la que nos olvidamos a lo largo del destierro? Por esto nuestro Padre nos manda cartas: Dios nos ha dado las Escrituras. Gracias a estas cartas renace en nosotros el deseo de volver a la patria"⁵.) Cómo se realizará tal afirmación -para que no se quede en pretensión arrogante nuestra *cuadricidad profética*- sino dejándonos remodelar diariamente por la "Palabra que se nos ha confiado" (cf Hech 20, 32) y que es capaz de transformarnos de pobres hombres y mujeres en testigos del Evangelio?

Para muchos monasterios, el redescubrir la *lectio divina* es hoy motivo de gracia. Ocasión ante todo de conversión al Señor y también de concentración y simplificación de la propia vida; es un bálsamo y consuelo en situaciones de envejecimiento o sin perspectivas; es alimento completo, "alimento sólido" (1 Cor 3,2) para la formación del novicio. Y sobre todo, es ocasión de renovación y reforma. Por lo demás al comienzo de toda vida monástica y de toda tentativa de reforma, ha existido siempre una vuelta a las raíces y a las fuentes, es decir, a esta Raíz y Fuente de la Palabra de Dios. Es, ciertamente, la Palabra la que dirige la irrupción de la santidad en la historia y la única capaz de transformar los rostros de hombres y mujeres para asemejarlos al rostro de Cristo, palabra hecha carne.

)Qué es la *lectio divina*?⁶

"El objeto propio de la *lectio divina*, el único que justifica su nombre es la Sagrada Escritura"⁷ Por la *lectio divina* nos ponemos en total disposición para que en el proceso *lectio-meditatio-oratio* acontezca una "visita del Verbo" (San Bernardo): la *lectio divina* sería entonces una apertura a un acontecimiento del Espíritu que introduce al orante en una conciencia cada vez más profunda de relación filial con el Padre. Ruperto de Deutz escribe: "El amor que nos produce esta lectura es un símbolo de la procesión del Espíritu Santo que es el amor de Dios. El Padre nos regala la Escritura para que en ella aprendamos a conocer al Hijo" (*De Spiritu Sancto* 1,6). Con la *lectio divina* el orante abre el oído a *la escucha, ora escuchando* y en la escucha se manifiesta la vida divina en nosotros y nuestra participación en la vida trinitaria. *Se hace la lectio divina*, pero sobre todo *acontece*. Es *divina* cuando es lugar de encuentro entre la Palabra de Dios y el corazón del hombre: por consiguiente, no sólo cuando se lee la Escritura, verdadero *sacramento* que "contiene la Palabra de Dios" (DV 24), también cuando uno la aborda dispuesto radicalmente a acoger una Presencia: Es cierto que la dimensión sacramental de la Escritura se manifiesta cuando se transforma en Palabra viva dirigida, por la proclamación litúrgica, a una asamblea reunida en el nombre del Señor: es Cristo quien habla a la Iglesia, su interlocutora: "Cristo está presente en su Palabra, puesto que es él quien habla cuando se lee la Sagrada Escritura en la Iglesia" (SC 7)⁸. También es verdad que la *lectio divina* personal no puede aspirar a esta plenitud; sin embargo es esencial para la necesaria personalización de las exigencias de la alianza solemnemente manifestadas en la proclamación litúrgica: la *lectio divina* personal es esencial a la proclamación y la audición pública de la Escritura, tanto como la oración personal debe necesariamente acompañar a la oración litúrgica. Aquí precisamente la comunidad monástica podría ser el lugar ideal para dar forma, con creatividad litúrgica inteligente, a la *lectio divina* comunitaria donde la Palabra de Dios se viviría en el contexto litúrgico hasta lograr ser escuchada "como lo que es realmente, Palabra de Dios" (1 Tes 2,13) y no como mera palabra sobre Dios. Aquí

la Escritura puede manifestar su sacramentalidad en relación orgánica con un cuerpo comunitario determinado, puede desplegar su capacidad eficaz de renovar hoy la alianza entre Dios que habla y el pueblo que escucha, puede mostrarse como el lugar de la presencia divina que edifica el cuerpo comunitario. Una liturgia monástica de la *lectio divina* podría convertirse en una ayuda que las comunidades monásticas proporcionarían a la Iglesia con espacios litúrgicos de escucha comunitaria y regeneración comunitaria de la Palabra.)No es la oración el espacio en que se manifiesta la calidad de la comunidad como sujeto de la teología? La comunidad monástica hace teología orando, esto es, reconociendo siempre la primacía del *logos tou theou*, de la Palabra de Dios en relación con la palabra sobre Dios, celebrando la Palabra.

En todo caso, debe estar claro que toda *lectio divina* personal debe ejercerse sobre la Escritura, no sobre textos de los Padres o autores monásticos, ni sobre cualquier libro piadoso o espiritual. Un texto patrístico podrá tener lugar sobre todo en la fase de *meditatio*, que es donde el lector-orante se compromete en profundizar el texto, ahondando en el texto, buscando su mensaje revelador, pero los textos patrísticos no son sino servidores de la Escritura. "La ignorancia de las Escrituras es ignorancia de Cristo"⁹ y "la lectura de las Escrituras basta y sobra para la contemplación de la verdadera ciencia sin necesidad de las enseñanzas de los comentaristas"¹⁰. Sólo de la Escritura puede surgir la *lectio divina* como un arte de encuentro con el Señor caminando por la *escucha* que conduce al *conocimiento* y al *amor*. Esta dinámica sintetizada en el *Shemá, Israel* ("Escucha, Israel, el Señor es uno... amarás al Señor" Dt 6,4-5) es central en toda la Escritura (cf. Mc 12,29-30) constituye también el movimiento relacional al que nos introduce la *lectio divina* y desemboca en la participación del amor, es decir, en el ser de Dios: "Amarás". Así la *lectio divina* está en el cogollo del proceso de conversión y divinización. En este sentido se puede sospechar la verdad contenida en esta afirmación según la cual la *lectio divina* sería "un proceso que apunta a la calidad, dignidad y eficacia de un sacramento"¹¹.

Algunas dificultades

La *lectio divina* suscita no pocas resistencias. Con frecuencia se mencionan hoy las objeciones suscitadas de las *dificultades inherentes a la misma Biblia*. El carácter difícil de muchas páginas de la Escritura, la distancia cultural que nos separa del tiempo de la redacción de los textos bíblicos, las diferencias de sensibilidad y mentalidad, las imágenes, el lenguaje, suscitan a veces recelo del Antiguo Testamento, llevándonos a establecer una relación entre el AT y el NT en óptica de sustitución (una forma neomarcionita), promueven cuestiones de aceptación de los textos escriturísticos subyaciendo el mito de la *actualidad*. La conciencia, hoy creciente, de la *alteridad del texto* y los esfuerzos de estudio y exégesis necesarios para superar la distancia cultural que nos separa, con frecuencia engendran temor, perturbación, sensación de impotencia, o nos lleva a pensar que la *lectio divina* es asunto reservado a los intelectuales. A veces monjes, sobre todo si se formaron en la época preconiliar, mantienen esquemas y categorías teológicas "fechadas" y constituyen un obstáculo para abordar correctamente el texto bíblico. Debemos recordar que "el estudio de la Escritura es el alma de la teología" (DV 24) y la teología, la espiritualidad, la liturgia, la predicación deberían renovarse con una "conversión bíblica".

Además la *lectio divina*, espacio cotidiano que cada monje consagra a su propia conversión a la Palabra, está destinado a **todos**, debiéndose adaptar a la personalidad y capacidad de cada uno. "Cada uno según sus necesidades aprende de la Escritura inspirada", indica S. Basilio¹²,

especificando a continuación que el que preside debe ser servidor de la Palabra según las necesidades de cada uno: "El que ha recibido el cargo de presidir y ocuparse de otros, debe saber y aprender lo que concierne a todos, para enseñar a todos la voluntad de Dios y mostrar a cada uno en particular lo que le afecta en particular"¹³. Éste es el papel del Abad como administrador. Se da una relación orgánica entre presidencia y *lectio divina*, en el sentido que el abad, velando por el crecimiento armónico del cuerpo comunitario para que sea inundado más y más por la caridad de Cristo, encuentra en la Palabra de Dios, a la cual está sometido, la luz, fuerza y eficacia que actúan mucho mejor que las solas fuerzas. El ministerio del abad se ejerce cuando su persona, sus palabras y su actuar favorecen la confrontación de todos y cada uno con la Palabra de Dios, favoreciendo la encarnación de la Palabra en cada uno en particular y en todo el cuerpo comunitario. Tarea que llenando de *temor*, aumenta la *humildad* del abad, le hace verdadero padre, o si queremos, *una lectio divina viviente*. *Temor*, porque deberá rendir cuentas al Señor¹⁴ de los hermanos de la comunidad; *humildad*, porque como indica Gregorio Magno a sus hermanos: "Gracias a vosotros aprendo lo que os enseño; así siempre, de hecho, escucho con vosotros lo que os digo"¹⁵.

Otra dificultad que se manifiesta con fuerza hoy, en esta época de crisis de "lectura clásica"¹⁶, es la *inherente a los mismos modos de lectura*. En un tiempo en que se lee poco, se lee demasiado deprisa, se lee para almacenar lo más posible en menos tiempo, donde prima la imagen sobre la palabra escrita o la lectura de un texto que comprometa como la Biblia, la operación llamada a transformarse en relación y destinada a acompañar toda la vida, es cualquier cosa excepto evidente. Pero el monje debe ser consciente de que *es también lo que lee* y manifiesta su cualidad humana en *el modo de leer*. Las preguntas: ")Por qué leer?,)qué leer?,)cómo leer?" deben interpelar al monje exigiéndole el trabajo de ordenar la relación entre la Palabra y las palabras, entre la Palabra y el tiempo, entre la Palabra y la interioridad¹⁷. Así la *lectio divina* se manifiesta como elemento orgánico de ascesis monástica y, por consiguiente, penoso por el esfuerzo que requiere ("Dedícate a leer" 1 Tim 4,13), por el compromiso total que comporta ("*Te totum applica ad textum, rem tota applica ad te*": J. A. Bengel), por la relación orgánica que conlleva con la oración ("*Lectiones sanctas libenter audire, orationi frequenter incumbere*", *Regla de S. Benito 4,55-56*), por la perseverancia necesaria para que llegue a dar fruto (Lc 8,15). Resumiendo, "la *lectio divina* siempre ha sido y será tarea austera, verdadero sacrificio espiritual"¹⁸.

El *ritmo frenético de los trabajos* y ocupaciones comunitarias, que constituye en sí un problema de participación atenta y activa en los oficios, es hoy obstáculo de posibilidad práctica de *lectio divina*. En una homilía que comenta las tres fases de la ***lectio-meditatio-oratio*** como momentos en que "Dios te habla" (*lectio*), "tú escuchas" (*meditatio*), "imploras" (*oratio*), Isaac de Stella alude a "los que en el claustro cabecean sobre sus libros, en la iglesia roncan en las lecturas, en el capítulo dormitan durante los sermones"¹⁹. Isaac reprende la negligencia de los que duermen mientras el Verbo de Dios habla; pero podemos preguntarnos hoy si los ritmos de trabajo en muchos monasterios, a veces agravados por la falta de jóvenes y el envejecimiento progresivo, por los enfermos o los débiles físicamente a lo que hay que añadir la fragmentación de horarios, no constituye un peso aplastante para algunos. En esta situación hay que preguntarse con realismo con qué condiciones de lucidez y atención interior se puede dedicar uno a la tarea espiritual cotidiana de la *lectio divina* personal...

Una dificultad que atañe sobre todo a las generaciones jóvenes es la inherente a una especie de *analfabetismo de la fe*: exige una catequesis a novicios sin suponer nada conocido, que inicie al conocimiento de la Escritura, con el convencimiento de que transmitir la fe significa sobre todo transmitir la Escritura e introducir en su comprensión²⁰. Volveremos sobre ello al tratar de la *formación*, pero subrayo ahora los peligros previsibles al hacer la *lectio divina* y

los criterios fundamentales que no hay que olvidar para hacer una lectura orante de la Escritura en el Espíritu Santo²¹.

Es preciso evitar el *subjetivismo* y el *diletantismo*, que llevan a mariposear en la Escritura: la *lectio divina* debe someterse al criterio objetivo de la *lectura cursiva* de un texto bíblico -mejor si está de acuerdo con el tiempo litúrgico- o bien optar por el *Leccionario* (con la ventaja de unificar el nivel personal y comunitario de la oración y escucha de la Palabra).

Hay que evitar la *inconstancia*, la *imperseverancia*: sólo reservando diariamente un tiempo a la escucha-lectura orante de la Palabra es como el monje tejerá una relación auténtica con el Señor. Dar un tiempo a la *lectio divina* es un modo concreto de "perder su vida" (Mc 8,35) por el Señor, es decir, insertar el radicalismo evangélico en la propia vida.

También hay que guardarse del *intelectualismo* y el *esteticismo*: la *lectio divina* no es estudio de un texto, aunque tampoco debe estar vacía de estudio. Monjes intelectualmente dotados de talento literario y gusto estético corren el riesgo de agotar el potencial del texto gozándose en su "belleza" o elaborando ideas que les suscita. En la *lectio divina* el Libro es una especie de "tabernáculo, lugar privilegiado de encuentro con el Amado"²². De hecho se trata de "descubrir el corazón de Dios en la Palabra de Dios"²³ para responder al mandato bíblico: "Adhiérete a Dios" (Si 2,3).

Recordamos ciertos criterios para una lectura en la fe²⁴. Es imposible conocer la intención de los escritores bíblicos si se carece de la actitud de fe que les guió al redactar los textos.

La unidad de toda la Biblia. El Canon como criterio hermenéutico de la Escritura. Esta unidad no hay que entenderla ingenua y superficialmente, es acontecimiento recreado dinámicamente en el acto de la lectura bajo la responsabilidad del sujeto que interpreta (individuo o comunidad).

La Escritura es su propio intérprete. Este principio primeramente es judío y luego cristiano para abrir y alargar el sentido de un pasaje confrontándolo con otros ayudándose de concordancias lexicales o analogías temáticas.

El criterio sintético y doxológico. Presente en la lectura que Jesús hace de la Escritura cuando refiere el dato escriturístico a la voluntad del Legislador (cf Mc 10,5-9; Os 6,6 citado en Mt 9,13 y 12,7) o cuando resume toda la Torah en el mandamiento de amar a Dios y al prójimo (Mc 12,29-31; Mt 22,37-39), este criterio presupone la *simplicidad* fundamental de la Escritura y, por consiguiente, de su lectura y de la misma vida cristiana. Simplicidad fundada en la unicidad de Dios de la primera y nueva Alianza, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, cuyo rostro se ha revelado definitivamente en el rostro de Jesús de Nazaret, el Mesías.

La unidad cristológica de las Escrituras. Cristo es la clave de bóveda que une AT y NT, él es quien cumple el misterio pascual de la primera alianza en su propia pascua, él es el *Verbum breviatum*, la palabra sintética que resume la Palabra de Dios. La *lectio divina* sólo busca aclarar el misterio inagotable de Cristo partiendo del *testimonio* de su presencia: los *textos* bíblicos.

El sentido operatorio: la escucha, en sentido bíblico, significa *obediencia*. La escucha se orienta a convertir en historia la Palabra de Dios consignada en la Escritura; por consiguiente es llamada a vivir, a poner en práctica esta misma Palabra (cf. Sant 1,22-23). La Palabra se nos da para que la vivamos, y vivir la Palabra es parte esencial para comprenderla²⁵.

El criterio de contemporaneidad. En la *lectio divina* abordamos la Escritura creyendo que a través de ella Dios habla de la vida de hoy y a la vida de hoy. La Escritura nos refiere "el Evangelio eterno" (Ap 14,6), anuncia a "Cristo, el mismo ayer, hoy y siempre" (Hb 13,8). Resumiendo, "lo que entonces se escribió fue para nuestra instrucción" (Rm 15,4) para nosotros que vivimos los últimos tiempos (cf. 1 Cor 10,11).

El criterio comunitario. "La comunidad eclesial es la 'norma' para entender la Palabra y su vitalidad"²⁶. La vida comunitaria concreta en la que el monje vive inmerso cada día es criterio

hermenéutico esencial de las Escrituras. Un texto de Gregorio Magno desvela el valor hermenéutico del contexto comunitario, sobre todo litúrgico: "Muchas cosas de la Escritura que solo no he logrado comprender, las entiendo poniéndome ante mis hermanos (*coram fratribus meis positus intellexi*)... He caído en la cuenta de que he comprendido gracias a su mediación"²⁷. Es preciso indicar que a la lectura preceda la oración y tienda a la oración: "Que tu oración (*oratio*) y la lectura (*lectio*) sean asiduas. Con aquella hablas a Dios, con ésta él te habla"²⁸. Naturalmente, se debe invocar al Espíritu Santo acogéndolo con todo el ser para que la *lectio divina* sea interpretación de la Escritura "con la ayuda de este mismo Espíritu con el que fue escrita (DV 12)".

Formación a la *lectio divina*

Al discernir la vocación de un joven, la *Regla de S. Benito* (58,7) aconseja verificar si busca verdaderamente a Dios ("*...si revera Deum quaerit*"). Pero dado que la *lectio divina* es un espacio cotidiano de la búsqueda de Dios, esto significa que el joven debe mostrar amor a la Palabra de Dios. Se le debe transmitir y suscitar este amor. Guerrico de Igny escribe: "Si no te has fijado en la Escritura haciéndotela familiar por la asiduidad de la aplicación, ¿cuándo piensas que se te manifestará? La inteligencia se le dará al que tiene amor a la Palabra y se le dará en abundancia; al contrario, al que no la ama, le será quitado lo que conoce con sus capacidades naturales, por su negligencia"²⁹.

El tema de la iniciación a la *lectio divina* se incluye, claro está, en el problema más amplio de la formación del novicio. Formación humana y espiritual, no simplemente intelectual: la debe asumir el monasterio en las manifestaciones de su vida, no puede relegarse a un *cursus* de estudios en la universidad. Es el monasterio mismo, la misma vida monástica la que es *schola*, debe *ser schola* y no simplemente *tener una schola*³⁰. Y hoy esta *schola* debe saber iniciar al servicio de Dios y también de los hermanos, es decir, debe ser una iniciación global, humana y espiritual, a la vida. Hoy más que nunca es evidente que el monacato en su marginalidad, puede ser el guardián, la memoria viva de los valores humanos con peligro de desaparecer en la sociedad: dos de estos valores son el silencio y la interioridad. A los que podríamos añadir el arte de la meditación y la ascesis de la lectura³¹. Deberíamos preguntarnos si el retorno de muchos a las prácticas de meditación orientales, dependiendo de otras culturas y sistemas religiosos, no está de algún modo vinculado al olvido por parte de los cristianos de caminos y modalidades de meditación propios de la tradición cristiana.

En lo referente al novicio ciertamente es importante "desde el comienzo de la vida monástica, que aprenda a leer, como es importante que aprenda a orar"³². El noviciado es un tiempo en el que, entre otras cosas, se debe enseñar al joven a relacionarse con los libros, y en particular con el Libro que es la Escritura. Es preciso que la formación dé un puesto central a la Biblia, fuente de la teología y la espiritualidad, y se debe tender a que todos logren dominar el arte de la *lectio divina*. Por ello, se deberá *aprender a leer*, a interrogar al texto bíblico y a disciplinar las preguntas que se proponen..., a manipular los instrumentos espirituales y no únicamente los literarios, tales como la sinopsis y la concordancia. Se dará una iniciación al conocimiento y uso de un diccionario bíblico, de un léxico, comentarios y otros medios para facilitar la comprensión de un texto. Si es verdad que la *lectio divina* no es el estudio de un texto, también es cierto que el respeto por la Palabra de Dios exige abordarla lo más correcta y objetivamente posible para sustraer la Palabra de manipulaciones y distorsiones. Sacar del texto de Is 42,1-4 (el primer canto del siervo de Yahvé) el punto de arranque de una exhortación a la discreción y al silencio ("no gritará, no clamará, no voceará por las calles") o

preparar un manifiesto de actitud pastoral "comprensiva" ("el pabito vacilante no lo apagará") es encerrar al texto en una perspectiva moralizante que olvida su alcance revelador. Isaías utiliza la imagen babilónica del *heraldo del gran Rey*. Dicho heraldo era un enviado del soberano que recorría las plazas y calles de la ciudad proclamando la noticia de una próxima condena a muerte por si se daba el caso de encontrarse alguno que testimoniase en descarga del condenado. El heraldo, provisto de bastón y farol, si al final de su pregón nadie se presentaba en favor del condenado, se dirigía a casa del condenado, apagaba el farol y rompía el bastón, simbolizando así que la condena a muerte sería efectiva. A la luz de esta referencia, el texto cobra su fuerza reveladora: (El Siervo del Señor no dicta sentencias de muerte! (Su juicio no es de condena, sino de salvación!

Es evidente que en el monasterio encontramos personas extremadamente diversas por su estructura, su formación cultural y sus capacidades intelectuales: debemos respetar estas diferencias. Pero velemos para que no se dé separación en la comunidad entre los intelectuales y los otros... El que disfruta de conocimientos bíblicos y posee cualidades (conocimiento de lenguas orientales, dominio de métodos de exégesis...) ponga todo al servicio de sus hermanos. Hacer una introducción general y dar claves de lectura del libro bíblico sobre el cual la comunidad decide hacer la *lectio divina* durante un período del año, preparar encuentros y exposiciones de actualización bíblica, estando más cerca de los más desprovistos y sobre todo aplicarse a la *lectio divina compartiendo con ellos su propia lectio divina* personal. Todo, siendo conscientes de que el comprender la Escritura es obra del Espíritu y que, en resumidas cuentas, son la humildad, la pobreza de espíritu, la pureza de corazón las que guían a la *gnosis* cristiana, es decir, al conocimiento dinámico que compromete con Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios. Nos guían, en definitiva, hacia la meta a la que tiende la Escritura: "[Estos signos] quedan escritos para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre" (Jn 20,31).

La formación a la *lectio divina* es, así mismo, iniciación a la ascesis. La práctica de la *lectio divina*, en particular, llama, suscita y nutre la capacidad de interiorización, la perseverancia, la lucha. Bien considerado, constituyen las tres condiciones que, si no se observan, impiden a la Palabra dar fruto según la explicación de la parábola del sembrador (Mc 4,13-20). Se trata de tres cualidades desmentidas por los tres primeros tipos de terreno (del corazón) donde cae la semilla (la Palabra): Mc 4,15-19.

Son tres elementos decisivos de la ascesis humana y cristiana. Sí, ante todo humana, porque no es posible "llegar a ser hombres" sin ascesis, sin renuncia, sin lucha, sin perseverancia, sin interiorización. Naturalmente, también cristiana. Sólo ejercitándose en el arte de la lucha espiritual el monje podrá convertir su vida en una *sequela* (un seguimiento de Cristo) y no limitar el seguimiento a la experiencia de una temporada o un momento puntual de la vida. Así la *lectio divina* está en el meollo de la ascesis del monje exigiéndole ejercer un *dominio del tiempo, del cuerpo y espíritu*. En una palabra, el dominio (*de su propio corazón!* Y el corazón no en sentido afectivo, sino como la totalidad y profundidad de la persona, es el espacio donde se hace la *lectio divina*. En el antiguo ritual monástico el abad pronunciaba la siguiente oración en favor del nuevo profeso solemne: "Ábrele, Señor, la inteligencia para que se entregue al estudio de la Sagrada Escritura con el corazón". Así la *lectio divina* es verdaderamente el camino regio para lograr la unificación de la persona: el fin mismo de la vida monástica.

Los frutos de la *lectio divina*.

Quiero detenerme brevemente en este aspecto de la *lectio divina*, porque estoy convencido de que sólo practicándola es como se conocen y gustan sus frutos. El fruto más evidente es el de una vida de fe, es decir, una relación con el Señor, nutrida, fortificada, solidificada y capaz de "perdurar" a lo largo del tiempo. Este amor al Señor nos da a conocer la dimensión auténtica del silencio monástico como salvaguardia de una Presencia: se trata de un silencio denso, cargado de una Presencia y, por consiguiente, sumamente elocuente. Esta elocuencia cara al misterio suscita la compunción. La *lectio divina*, ayudando a mantener *el recuerdo de Dios* por la memorización de un versículo del texto bíblico y orado a lo largo del día, favorece la no disipación, la no distracción y el discernimiento. Ayuda a volver a lo esencial, al centro de la propia vida monástica suscitando una perspectiva de *makrothymia*, (longanimidad) y relativización de la realidad cotidiana.)No es esto adentrarse en esta *contemplación* a la que la *lectio divina* pretende guiar? La *lectio divina* modela una fe bíblica, más autorizada y capaz de liberar de las trabas de un confesionalismo mezquino. Forja una actitud ecuménica, una apertura al otro bajo el régimen del amor que ahuyenta el temor. Favorece la unificación de la persona y de la comunidad en lo esencial. (No la reduzcamos a una observancia! Hay que procurar que los ritmos, tiempos y espacios de la jornada monástica brinden la posibilidad real de la *lectio divina*. Pero no se debe tampoco absolutizar o exaltar sin discernimiento la fuerza y eficacia de la *lectio divina*. Siempre debe acompañarse con la oración personal, de una vida de trabajo, una relación de paternidad espiritual y una acogida plena de la vida común en todos sus aspectos.

Ciertamente la *lectio divina* favorece la simplificación de la espiritualidad haciendo coincidir las numerosas espiritualidades con la "única espiritualidad" cristiana, es decir, el único camino de Cristo, guiado por el Espíritu y orientado al Padre, como testimonian las Escrituras, abierto por el bautismo y del que el monacato es una realización particular. Pero, repito, no quiero extenderme en los frutos de la *lectio divina*. En su práctica concreta emergerá para cada cual las formas y modalidades de su eficacia y fecundidad. "A los que no comprenden su utilidad o critican su práctica, que el Señor les conceda la gracia de escuchar como a Agustín una tarde de Agosto del 386 en un jardín de Milán: *Tolle, lege!* Toma y lee" (*Confesiones VIII, 8*)³³.

Enzo Bianchi, Prior de Bose.



NOTAS

- (*) Agradecemos al P. Jean-Pierre JOSSUA, o.p., y al autor de este artículo (aparecido originalmente en *La Vie Spirituelle*, marzo-abril (1995) 145-160) la amabilidad de su autorización para publicarlo en nuestra revista.
- A1. E. BIANCHI, "Le caractère central de la Parole de Dieu" en G. ALBERIGO y J. P. JOSSUA (éd), *La réception de Vatican II*, Cerf, Paris 1985, pp. 157-185.
 2. E. BIANCHI, *La parola costruisce la comunità*, Qiqajon, Bose 1993.
 3. Cf. *Règle de S. Benoît* 73,3; cf. también *Regola di Bose* 3: *L'Évangile sera la règle, absolue et suprême+.
 4. IPERECCHIO, *Consigli agli asceti+, en *Parole dal deserto. Detti inediti di Iperecchio, Stephano di Tebe e Zosima*, a.s. L. Cremaschi, Qiqajon, Bose 1992, pág. 19. Se trata de la proposición n1 4.
 5. S. AGUSTIN, *Enarr. in Ps* 64, 2.
 6. Cf. E. BIANCHI, *Prier la Parole. Une introduction à la "Lectio divina"* (Vie monastique, n1 15), abbaye de Bellefontaine, 1983.
 7. GARCÍA M. COLOMBÁS, *La lectura de Dios. Aproximación a la lectio divina*. Zamora 1980., Ed. Monte Casino, pág. 84.
 8. Cf. P. De CLERCK, *Au commencement était le Verbe+, en *La Maison Dieu* 189 (1992), pp. 19-40.
 9. S. JERÓNIMO, *Comun. in Is*, Pról.; citado en DV 25.
 10. CASIANO, *Institut*. V, 34.
 11. L.-A. LASSUS, *Quand Dieu parle+, en *La Vie Spirituelle* 608 (1975), pág. 343.
 12. *Reglas breves*, 95.
 13. *Reglas breves*, 235.
 14. *Regla de S. Benito*, 2, 34.37.38.39.
 15. *Hom. in Hiez.* II, 2.
 16. Cf. I. ILLICH, *Du lisible au visible. Sur l'Art de lire de Hugues de Saint Victor*. Paris, Cerf, 1991, pág. 9.
 17. Cf. J. LECLERCQ, *Lecture, culture et vie spirituelle+, en *Lettre de Ligugé* 154 (1972), pp. 18-22.
 18. A. de VOGUË. *La lettura quotidiana nei monasteri (300-700)+, en AAVV, *Ascolto della Parola e preghiera. La "Lectio divina"*. Ciudad del Vaticano 1987. Libreria Editrice Vaticana, pág. 157.
 19. ISAAC DE STELLA, *Sermón* 14, 6-7.
 20. Cf. J. CAILLOT, *L'Évangile de la communication*, Cerf. Paris 1989.
 21. Sobre este tema, de modo mucho más extenso, cf. E. BIANCHI, *La lettura spirituale della Scrittura oggi+, en I. de la POTTERIE, R. GUARDINI, J. RATZINGER, G. COLOMBO, E. BIANCHI, *L'Esegesi cristiana oggi*. Casale Monferrato, Piemme, 1991, pp. 215-277.
 22. J. A. VINEL, *La lectio divina+, en *Vida consagrada* 5 (1982), pág. 292.
 23. S. GREGORIO MAGNO, *Carta* 4, 31.
 24. E. BIANCHI, *L'Essere povero come condizione essenziale per leggere la Scrittura*. Qiqajon, Bose 1991.
 25. Cf. M. M. MORFINO, *Leggere la Bibbia con la vita*, Qiqajon, Bose 1990.
 26. B. CALATI, *La lectio divina nella tradizione monastica benedettina+, en *Benedictina* 28 (1981), pág. 412.
 27. *Hom. in Hiez.* II, 1.
 28. S. CIPRIANO, *Ad Donatum* 15.
 29. *De S. Benedicto. Serm.* 1,5.
 30. *Règle de S. Benoît*, Pról. 45. Cf. G. PENCO, *Sul concetto del monastero come "schola"+, en Id. *Spiritualità monastica. Aspetti e momenti*. Ed. Scritti Monastici, abadía de Praglia, 1988, pp. 263-279.
 31. Son interesantes, en este sentido, las frases de I. ILLICH: *Me imagino que puede existir algo así como *casas de lectura* parecidas a la *jeshiva* judía, a la *medersa* islámica, o al monasterio, donde los que descubren ellos mismos la pasión de una vida centrada en la lectura podrían encontrar el consejo necesario, el silencio y el sostén de un acompañamiento disciplinado, necesarios para la larga iniciación en una u otra de las numerosas "espiritualidades" o estilos de la celebración del libro+ (*op. cit.*, p. 19).
 32. M. F. HERBAUX, *Formation à la lectio divina+, en *Collectanea Cisterciensia* 32 (1970), pág. 217.
 33. P. MIQUEL, *Apprendre à lire+, en *Lettre de Ligugé* 154 (1972), pág. 5.